

LIBRO SEXTO.

RELACIONES INTERNACIONALES.

CAPITULO I.

LA GRECIA Y LOS BÁRBAROS.

§ I.—Oposicion entre Griegos y Bárbaros.

La nacionalidad helénica, incapaz de concentrarse en una unidad poderosa, se desarrolló en rica variedad en el dominio de la inteligencia. Aquella brillante civilizacion estaba destinada á ilustrar el mundo. Sin embargo, cosa singular, los Griegos, que estaban llamados á una comunión intelectual con la humanidad entera, parecían repugnar profundamente el contacto de las razas extranjeras. ¿Cómo nació la oposicion entre Griegos y Bárbaros? ¿Cómo acabaron por conocerse y penetrarse recíprocamente, á pesar de la antipatía que los separaba?

Todas las naciones de la antigüedad se consideraban como razas escogidas; cada cual se creía de una naturaleza superior, y miraba con desprecio á las poblaciones inferiores que la rodeaban. Era natural que los Griegos, los más vanos de los hombres, llevarán hasta sus últimos límites este sentimiento de egoismo nacional. Las guerras médicas, las gloriosas luchas sostenidas por la libertad, contribuyeron á exaltar el patriotismo de los Helenos; pero

en los Griegos, más que en los otros pueblos, el amor de la patria se manifestaba bajo la forma de odio al extranjero. Esta animosidad, que no carece de grandeza, se comprende mientras duraron los combates por la independencia (1). Pero fué de más duración que la guerra. Los Bárbaros, decían los Helenos, son todos esclavos, excepto un solo hombre, á quien adoran como á un dios (2). Como los Griegos no reconocían señor, eran tan superiores á los Bárbaros, como los hombres libres á los esclavos. De aquí la ofensiva pretension de que «estaba en el orden de la naturaleza que los Griegos mandasen á los Bárbaros.» Los poetas proclamaron esta extraña doctrina en el teatro, los oradores en la tribuna, los filósofos en sus escritos. Eurípides dice que los Griegos habían nacido para la libertad y los Bárbaros para la servidumbre (3). Lo que excitaba la indignación de Demóstenes en sus ardientes filípicas era que un bárbaro, que debería ser esclavo de los Griegos, osase aspirar á dominarlos (4). Aristóteles dió á esta preocupacion nacional la sancion de la filosofía (5).

La oposicion entre Griegos y Bárbaros no fué solamente política; penetró profundamente en las costumbres, llegó á ser intelectual, moral, y acabó por tomar las apariencias de una diferencia de naturaleza. Había algo de legítimo en el orgullo con que los Helenos oponían su civilizacion á la bárbarie persa (6); pero la vanidad, ayudada por la ignorancia, exageró la superioridad de la raza helénica. Los Griegos rebajaron á los Bárbaros con una fatuidad que parecería increíble, si no tuviéramos abundantes pruebas. Los poetas trágicos principalmente se complacieron en dar pábulo á aquel orgullo insensato. Esquilo representó á los Persas con todo el fausto que distinguía á los Asiáticos; según él, «parecían mujeres más bien que guerreros» (7). Habiendo vencido á un ejército innumerable de bárbaros, los Griegos tenían alguna

(1) Véanse más atras los decretos publicados sobre la proposicion de Aristides y de Temístocles, p. 187.

(2) EURÍPID., *Hell.*, 283.—C. ISOCRAT., *Paneg.*, § 151.

(3) IBID., *Iphig. in Aul.*, 1379 y sig.

(4) DEMÓSTH., *Philip.*, III, § 31, 32, p. 119.

(5) ARISTOT., *Polít.*, I, 1, 5; τὰυτό φύσει βαρβαρον καὶ δοῦλον.

(6) HEROD., I, 60.

(7) AESCHYL., *Fragm.*, ed. Didot, p. 210.

razon para despreciar á sus enemigos; pero ¿es cierto que «solamente la Grecia conocia la justicia y el imperio de las leyes, al paso que la fuerza reinaba entre los Bárbaros?» Eurípides pone estas palabras en boca de un héroe de la Grecia mitológica, que era poco digno de pronunciarlas: Jason acusa á Medea de los crímenes que el amor le habia inspirado, y dice que ninguna mujer griega hubiera osado cometer tales atrocidades (1). No hay accion criminal que no se imputase á los Bárbaros: «Tal vez, dice Agamenon á un rey de Tracia (2), el asesinato de un huésped no tendrá para vosotros nada de particular, pero entre nosotros los Helenos es una infamia.» ¿Qué idea formaban los Griegos de las costumbres de los Persas? Segun Eurípides, «el padre yacia con la hija, el hijo con la madre, el hermano con la hermana; los amigos más queridos se degollaban mutuamente; la ley no prohibia ninguno de estos crímenes» (3).

Estas calumnias trascendieron de la vida privada á las relaciones políticas. En la época en que la Grecia buscaba la alianza de los Persas, Demóstenes se atrevió á decir en la tribuna de Atenas que el perjurio era un título de honor para los Bárbaros (4). Antígono, uno de los sucesores de Alejandro, decía que solamente los reyes griegos conocian la justicia, que todo era justo para los reyes bárbaros (5); y él, que decía esto, profesaba y practicaba el derecho del más fuerte! La oposicion entre Griegos y Bárbaros no era ya odio nacional, era una presuncion vanidosa llevada hasta el desprecio de la naturaleza humana. Un orador ateniese que enseñaba los más bellos preceptos de humanidad y de moral, dice, no en el calor de la improvisacion, sino en el silencio de la meditacion, estas insultantes palabras: *los Griegos son superiores á los Bárbaros, como los hombres lo son á los animales* (6). Alejandro fué el primero que rompió tan insolente preocupacion; conquistador cosmopolita, colocó á los Persas vencidos al mismo nivel que

(1) EURÍP., *Med.*, 533 y sig; 1329 y sig.

(2) IBID., *Hecub.*, 1223 y sig.

(3) IBID., *Androm.*, 173 y sig.; *C. Heraclid.*, 131; *Iphig. in Taurid.*, 1141.

(4) DEMOSTH., *de Classib.*, § 39, p. 189.

(5) PLUTARCH., *Apophteg.*, *Antig.*, VIII.

(6) ISOCRAT., *de Permutat.*, § 293.

los vencedores. Pero los Helenos no comprendieron las altas concepciones de aquel héroe. Conservaron su desden hacia las razas extranjeras hasta en su decadencia: llamaron bárbaro al pueblo rey (1). Poco ántes de la conquista romana todavía declararon «que entre los Bárbaros y los Griegos el lenguaje, las costumbres y las leyes habian levantado una barrera más insuperable que el mar y la tierra que los separaban; que eran enemigos por la naturaleza, que es inmutable, y no por causas que varian todos los dias» (2).

§ II.—La hospitalidad, la filosofia, la religion, lazos entre los Griegos y los Bárbaros.

Si tan funesta doctrina hubiera sido practicada con rigor, hubiera sido imposible toda relacion entre Griegos y extranjeros; una valla insuperable hubiera separado á los pueblos, y los que trataban como bárbaros á las demas naciones hubieran venido á parar á la barbárie. Pero la naturaleza humana se inclina á la sociabilidad con una fuerza irresistible; por más que el orgullo la extravie, presentándole el aislamiento como la condicion de una raza privilegiada, el sentimiento vence y establece relaciones amistosas entre los que el Creador ha unido con el lazo de la fraternidad. Milcíades ofreció la hospitalidad á los Tracios con una sencillez que recuerda los tiempos de los patriarcas (3). Existian igualmente relaciones hospitalarias entre Persas y Griegos. Plutarco cuenta que despues de la entrevista de Agesilao con Farnabazo, el hijo del sátrapa se detuvo, y dirigiéndose hacia el general espartano, le dijo sonriendo: «Agesilao, quiero que haya entre los dos relaciones de hospitalidad»; y le ofreció un dardo que tenía en la mano. Agesilao concedió al noble niño una prenda de amistad que con tanto candor solicitaba. Más adelante, cuando el

(1) POLYB., IX, 38, 5, 7.

(2) LIV., XXXI, 29.—Bajo el Imperio, el filósofo Demonax censuró á los Atenienses por excluir á los Bárbaros de los misterios (LUCIAN., *Demon.*, 34).

(3) HEROD., VI, 35, 36.

hijo de Farnabazo, desterrado de la casa paterna por envidia de sus hermanos, tuvo que retirarse al Peloponeso, encontró en Agesilao un huésped y un amigo (1).

Por una singular contradicción, algunos de aquellos pueblos extranjeros, tan despreciados, tenían entre los Griegos una reputación, tal vez exagerada, de sabios. Los más ilustres filósofos, los legisladores más célebres abandonaron su patria, para poder conferenciar con los sacerdotes de Egipto, y, según se dice, con los solitarios indios. Aun cuando la tradición haya alterado estas relaciones entre la Grecia y el Oriente, no hubiera podido arraigarse en las creencias de la antigüedad, si no hubieran existido algunas relaciones intelectuales entre ambas razas. El Oriente por su parte envió algunos de sus hijos deseosos de instruirse en la filosofía griega; pero no salieron de la India, ni de la Persia ni de Egipto: las castas sacerdotales estaban demasiado convencidas de su superioridad para ir á buscar la sabiduría extranjera. De los desiertos de la Escitia vinieron á Atenas hombres que no eran indignos de conversar con los sabios de la Grecia. Plutarco refiere la primera entrevista de Solon y de Anacársis. El Escita fué á casa del Ateniense y se anunció como un extranjero que venía á contraer con él relaciones de amistad y de hospitalidad. «Más vale, respondió Solon, buscar los amigos en su casa que fuera»—«Pues bien, replicó Anacársis, ya que estás en tu casa, recíbeme como amigo y huésped.» El legislador, complacido con la vivacidad de esta respuesta, lo acogió, y desde entonces reinó la más estrecha amistad entre ambos filósofos. Solon inició á Anacársis en la doctrina helénica. Fué el único entre todos los Bárbaros á quien se admitió en la ciudad y en los misterios (2). Antes que él había venido á Atenas Toxaris, oscuro habitante de Escitia; sus conocimientos en medicina le granjearon la admiración y el reconocimiento del pueblo; la ciudad de Minerva lo colocó entre sus héroes y ofreció sacrificios al «médico extranjero» (3).

La religión era un obstáculo para las relaciones entre los Hele-

(1) PLUTARCH., *Agesil.*, 12.

(2) *IBID.*, *Solon*, 5.—DIOG. LAERT., I, 101.—LUCIAN., *Scythia*, 8.

(3) LUCIAN., *Scythia*, 1.

nos y los Bárbaros. En Oriente la teocracia rechazaba como impuros á todos los extranjeros: la Grecia conservó en sus costumbres algo de aquel antagonismo primitivo que dividía al género humano en razas especialmente diversas. Los sacrilegios cometidos por los Persas en la época de la invasión dieron nuevo pábulo á aquella oposición. El ardor del patriotismo y la hostilidad de las religiones indujeron á los Griegos á desconocer la naturaleza humana hasta el punto de excluir de los misterios á los Bárbaros á título de homicidas (1). Pero las religiones más exclusivas en apariencia contienen un germen de fraternidad y de unión. Esta tendencia á la universalidad se revela claramente en los sentimientos religiosos de los Helenos. Despreciaban, aborrecían á los Bárbaros y respetaban sus dioses. Cediendo al espíritu de individualismo y á la vanidad que los distinguían, trataron de apropiarse los dioses extranjeros, concediéndoles, por decirlo así, derecho de ciudadanía (2). Los más cosmopolitas de los Griegos, los Atenienses, tenían propensión á adoptar los cultos extranjeros (3); erigieron altares á las divinidades tracias y frigias. Fué tal la aceptación que tuvieron en el pueblo los dioses bárbaros, que los poetas cómicos sacaron partido de esto para sus sátiras (4). La guerra misma fué ocasión de comunicaciones religiosas. El derecho de conquista, según los usos de los Griegos, alcanzaba hasta las cosas sagradas; el vencedor adoptaba los dioses de los vencidos (5). Más adelante veremos que bajo los Romanos la conquista prosigue este trabajo de asimilación; los dioses de todos los pueblos serán sucesivamente trasladados á Roma, y formarán un vasto Panteón, especie de catolicismo pagano. Aun hubo otra causa más para que los Griegos admitiesen las religiones extranjeras: la decadencia del politeísmo; la necesidad de creer, no satisfecha por la antigua reli-

(1) ISOCRAT., *Paneg.*, 257.—LOBECK, *Aglaopham.*, t. I, p. 15 y sig.

(2) WACHSMUTH, *Hell. Alterth.*, § 123, 124, t. I, p. 446, 462, 464.—HERMANN, *Griech. Staatsalt.*, t. II, § 10, nota 12.

(3) Ἀθηναῖοι δ' ὡσπερ περὶ τὰ ἄλλα φιλοξενούντες διατελοῦσιν, οὕτω καὶ περὶ τοὺς θεοὺς πολλὰ γὰρ τῶν ξενικῶν ἱερῶν παρεδέξαντο. STRAB., X, p. 324.

(4) LOBECK, *Aglaoph.*, I, 626-631.—WACHSMUTH, t. II, p. 487.

(5) THUCYD., IV, 89.—Los dioses de los Troyanos formaron parte del botín; los vencedores se los repartieron (PAUSAN., VIII, 46, 2). Véanse otros ejemplos en PAUSAN., II, 17, 5.

gion, hizo á las almas admitir las supersticiones orientales (1). Esta tendencia se desarrolló más aún bajo el imperio romano: si el sincretismo no logró atraer á los hombres á las antiguas creencias, por lo ménos los preparó para una religion mejor.

Habia en el paganismo una institucion cuya vasta influencia solamente podemos comprender recordando lo que sucedia en la Edad Media con los sepulcros de los santos. Las reliquias y los pretendidos milagros que hacian fueron un lazo internacional de gran poder. Esto mismo sucedió con los oráculos de la Grecia. Los hemos apreciado ya como uno de los elementos que sirvieron para fundar la nacionalidad helénica. Su influencia sobre las relaciones internacionales fué más considerable; gracias á los oráculos, la religion, que parecia establecer la division entre los dos pueblos, llegó á ser un lazo entre Griegos y Bárbaros. La colonia de Cirene extendió por Grecia el conocimiento de un oráculo de Júpiter Ammon; los Helenos, aún cuando desdénaban los usos de los Bárbaros, iban á consultar piadosamente la voz del oráculo africano; por una singular contradiccion los Lacedemonios, tan hostiles á todo lo que fuera extranjero, recurrieron á él más que los otros pueblos de la Grecia (2); acabó por ser considerado como los oráculos nacionales de Delfos y de Dodona (3).

Los oráculos de la Grecia adquirieron mayor celebridad y más extensa influencia. Los Frigios fueron los primeros Bárbaros que tributaron homenaje al dios de Delfos: Midas regaló al templo el asiento que solia ocupar para administrar justicia (4). Los Lidios sometieron al oráculo la decision del asunto relativo á la sucesion al trono despues de la muerte de Cantaulos; Apolo la decidió á favor de Giges. En reconocimiento le presentó magníficas ofrendas, y sus sucesores conservaron siempre buenas relaciones con el dios de los Helenos. El culto de Apolo llevó hasta el Asia la influencia civilizadora que con frecuencia era estéril en Grecia por las malhadadas divisiones de los Griegos. El ejército de Aliates prendió fuego á un templo de Minerva;

(1) PAUSAN., I, 18, 4.

(2) IBID., V, 11, 7.—DIODOR., XVII, 51.—PAUSAN., III, 18, 3.

(3) MAURY, *Historia de las religiones de la Grecia*, t. III, p. 265-273.

(4) HEROD., I, 14, 13, 19.

habiendo caido enfermo el rey, envió á consultar á Apolo; la Pitonisa se negó á responder á sus enviados hasta que hubiese reedificado el templo. Protegiendo los santuarios de los dioses contra las violencias de la guerra, el oráculo introdujo la noción del derecho y del deber en el dominio de la fuerza bruta, y preparó á los hombres para que respetasen, en medio de sus sangrientas disensiones, las reglas de la moderacion y de la justicia. El reinado de Creso es un testimonio notable de la autoridad de Apolo; si el rey de Lidia sufrió el ascendiente de la civilizacion griega, una gran parte de esta influencia es debida á la religion. Cuando la invasion de los Persas puso en peligro la existencia de su monarquía, Creso consultó á todos los oráculos. Los sacerdotes de Delfos, presintiendo los peligros que amenazaban, no solamente á la Lidia, sino á la Grecia misma, en un plazo no lejano, dieron á Creso un consejo que hubiera podido salvar á ambos pueblos, á saber: que contrajese alianza con los más poderosos de los Griegos. En testimonio de su gratitud Creso hizo regalos á cada uno de los habitantes de Delfos; éstos, por su parte, concedieron á los Lidios el privilegio de ciudadanía en Delfos siempre que lo desearan (1). Este decreto es uno de los actos más memorables del politeísmo griego. La ciudad era inaccesible á los Bárbaros, que habian nacido para servir y no para compartir con los Helenos los derechos de la soberanía; bajo la influencia cosmopolita de los oráculos la barrera desaparece, y los Bárbaros y los Griegos fraternizan. Si el paganismo, que apenas tenía el instinto de la unidad humana, unió á los dos pueblos, ¿cuánta deberá ser la influencia de una religion que enseña la unidad de los hombres en Dios?

La influencia de los oráculos se extendió tanto como el nombre de la Grecia. Cuando se establecieron relaciones comerciales entre los Griegos y los Egipcios, los últimos sucesores de los Faraones enviaron presentes á Delfos (2). Los pueblos bárbaros de la Cerdeña consultaron al célebre oráculo (3). La Italia rindió tributo

(1) HEROD., I, 46, 48, 53 y sig.

(2) IBID., II, 159, 180.

(3) PAUSAN., X, 17, 1.

al poder de Apolo. Los Tirrenos abusaron cruelmente de su victoria sobre los Focios, matando á los prisioneros á pedradas, y la venganza celeste descargó sobre los culpables; en expiacion de su crimen la Pitonisa les mandó hacer magníficos funerales á los Focios é instituir en su honor juegos gimnásticos; todavía en tiempo de Herodoto se celebraban aquellas solemnidades (1). Desde sus primeros tiempos acudió tambien Roma al oráculo de Delfos; un rey de origen helénico fué el que estableció estas relaciones. La embajada de Tarquino el Soberbio llegó á ser célebre, porque la tradicion la ha relacionado con el nombre de Bruto y con el presagio de la república. Durante el largo sitio de Veyes tuvieron lugar prodigios que aterraron al pueblo; consultóse al oráculo griego, y la Pitonisa les prometió la victoria (2). En la segunda guerra púnica, los Romanos, abrumados por sus derrotas y asustados con el espectáculo de crímenes extraordinarios, preguntaron á Apolo qué oraciones, qué sacrificios podrian apaciguar á los dioses, y cuál sería el fin de tantas calamidades. Tambien esta vez fué favorable la respuesta del dios; predijo al pueblo romano que saldria vencedor en la terrible lucha que sostenia contra el genio de un hombre; pero, previendo que despues de la derrota de Anibal no encontraria Roma enemigo capaz de detener su marcha hácia el dominio universal, el oráculo aconsejó á los futuros señores del mundo que no se dejasen dominar por el orgullo (3).

Consultado por el Oriente y por el Occidente, por los pueblos bárbaros y por las naciones civilizadas, el oráculo de Delfos recibió el nombre de *oráculo del género humano* (4). Atendia en su solicitud á los intereses del mundo entero (5): con ocasion de una carestía que los pueblos, careciendo de comunicaciones, miraban con terror como universal, Apolo respondió que cesaria el hambre cuando los Atenienses se interesasen en la suerté de todos los pueblos (6). Para las religiones de la antigüedad, dominadas por el

(1) HEROD., I, 167.

(2) LIV., I, 56; V, 15, 16.

(3) IBID., XXII, 57; XXIII, 11.

(4) IBID., XXXVIII, 46.—CICER., *pro Fontejo*, § 13: «*Oraculum orbis*».

(5) El oráculo respondió á Meleo: *πάσα γὰρ πατρίς*; (ZENOBIOUS, V, 74).

(6) HARPOCRAT., v.º Abaris.

espíritu individualista, era una cosa completamente nueva ver á los órganos de una divinidad helénica elevarse por encima de las barreras que separaban á las naciones para reunir las, aunque no sea más que un instante, en sus oraciones como á una gran familia. Semejantes respuestas justifican el magnífico elogio que hace del oráculo un historiador griego: «Apolo, dice Eforo, civiliza al género humano, dando á los que le consultan lecciones de sabiduría y de prudencia» (1). Esta observacion, aunque se refiere principalmente á los particulares, alcanza tambien á las relaciones internacionales. La Grecia fué un foco de civilizacion para la antigüedad: su lengua, sus instituciones, sus doctrinas se difundieron principalmente por medio de las colonias; y ¿qué colonias, dice Ciceron, enviaron los Griegos sin contar con los oráculos? (2).

En la época en que se estableció la lucha entre el paganismo y la religion de Cristo, los últimos defensores de las antiguas creencias, los Celsos y los Julianos, recordaron con orgullo que los oráculos de la Grecia habian poblado de colonias la tierra entera y civilizado el mundo (3). Era una conviccion profundamente arraigada en la conciencia nacional que las colonias establecidas sin la intervencion de los dioses fracasaban (4). No siempre desempeñaba el oráculo un papel pasivo en la colonizacion; muchas veces tomaba la iniciativa. Várias colonias de las más importantes, Cirene, Siracusa, Bizancio, fueron fundadas en virtud de órdenes de Delfos; esto prueba que el cuerpo sacerdotal tenia un extenso conocimiento de los países extranjeros (5). Apolo se hizo acreedor

(1) STRAB., IX, 291.

(2) CICER., *de Divin.*, I, 1: «*Quam vero Græcia coloniam misit in Æliam, Ioniam, Asiam, Siciliam, Italiam, sine Pythio aut Dodonæ, aut Hammonis oraculo?*»

(3) CELS., ap. ORÍG., c. *Cels.*, VII, 3.—JULIAN., *Orat.*, p. 152, D, ed. Spanhem.

(4) HEROD., V, 42-45.—Dorio de Esparta se embarcó para la Libia, sin haberse dirigido al dios de Delfos; fué arrojado por los indigenas. Vuelto á Grecia, consultó al oráculo sobre un nuevo proyecto de colonizacion; pero no obedeció las órdenes de Apolo; pereció con los emigrantes. HERODOTO añade que, si hubiera seguido los consejos de la Pitonisa, se hubiera apoderado del país á donde le habia enviado el oráculo, y hubiera conservado la vida.

(5) BROUWER, *Historia de la civilizacion de los Griegos*, t. IV, p. 146-148.—CURTIUS, *Griechische Geschichte*, t. I, p. 441-417.

al glorioso título de fundador de ciudades con que le manifestaron los Griegos su reconocimiento (1). El sacerdocio estaba interesado en extender la influencia del dios nacional de los Helenos, porque las colonias enviadas bajo la influencia de su autoridad constituían otras tantas ciudades filiales que reconocían su supremacía religiosa. Al mismo tiempo que se extendía por todas partes el culto de Apolo, los sacerdotes que le servían hacían su negocio: los colonos enviaban al santuario el diezmo de sus productos, ó su valor en dinero, al cual designaban con el nombre de *Agosto de oro*. Había también colonias emanadas directamente de Delfos. Los sacerdotes de Apolo tenían algo de aquel espíritu de proselitismo que se observa principalmente en las teocracias. Las donaciones, el diezmo de los vencidos consagrado al dios, y aún la servidumbre voluntaria, poblaron las vastas posesiones de los templos con un gran número de hierodulos (2). Cuando la población llegaba á ser demasiado considerable, los sacerdotes enviaban colonias al extranjero (3). Las colonias religiosas tenían un carácter particular; tenían la obligación de conceder hospitalidad á los habitantes de Delfos y aún á todos los viajeros (4). Estos piadosos deberes recuerdan la beneficencia practicada por los monjes que el cristianismo extendió en la Edad Media por toda Europa.

(1) BROUWER., *ib.*, p. 146, nota 77.—CALLIMACH., *Hymn. in Apoll.*, 55 y sig. De aquí vienen los epítetos de: ἀρχηγέτης, οἰκιστής, δωματίτης.

(2) HERMANN, *Griech. Staatsalt.*, t. II, § 20.

(3) MÜLLER, *Die Dorier*, t. I, p. 259-263.

(4) ATHEN., IV, 74.

CAPITULO II.

LAS COLONIAS.

§ I.—De las causas que provocaron la colonización.

De todos los pueblos de la antigüedad, los Griegos son los que han fundado mayor número de colonias; la Europa, el África y el Asia conservan aún hoy restos de sus establecimientos. ¿A qué causas debe atribuirse esta brillante extensión de la nacionalidad helénica? Isócrates dice que los Atenieses, al enviar colonias á países extranjeros, se propusieron hacer conocer entre las naciones remotas el nombre y la gloria del pueblo que las había enviado (1). Lo que el orador decía en elogio de sus compatriotas es aplicable á todos los Helenos, considerando la propagación de la civilización griega, no como el fin que se proponían los colonos, sino como la misión que les confiaba la Providencia. Si se consideran las causas inmediatas que provocaron la colonización, se verá que aquel movimiento tan provechoso para la humanidad se realizó á costa de los sufrimientos de las generaciones que lo llevaron á cabo. La ilusión, que ha hecho mirar á través de un prisma muy favorable la vida de la Grecia, ha influido también sobre la idea que se había formado de sus establecimientos coloniales. Según Montesquieu, si los Griegos colonizaron incesantemente es porque, encontrándose con un territorio pequeño y con una gran felicidad, el número de los ciudadanos aumentaba y era una carga para

(1) ISOCRAT., *Paneg.*, § 9; *Panath.*, § 26.